

Eduardo González Entrevista con Pedro Vuskovic

EG: Pedro, a principios de los años setenta a usted, en su calidad de ministro de Economía del presidente Salvador Allende, le tocó vivir en Chile lo que ha sido quizá la prueba más intensa para el programa transformador de la izquierda latinoamericana; después de casi dos décadas y a la luz de lo que ha ocurrido en ese tiempo en Chile y en todo el continente, se antoja pertinente intentar un balance. Por ello quisiéramos empezar preguntándole ¿qué queda en pie de ese programa como proyección de lo que deberían ser hoy día las propuestas de la izquierda latinoamericana?

PV: Creo que retomar hoy en día el tema de la propuesta de la izquierda latinoamericana tiene una enorme relevancia. Fracasan ostensiblemente los proyectos más conservadores; pero las izquierdas parecieran no ofrecer alternativas idóneas; pareciera dominar en su interior un sentido de desazón y de incapacidad para precisar un proyecto alternativo. No se necesita analizar en profundidad las distintas realidades de las naciones latinoamericanas para comprobar la ausencia de una propuesta actualizada; y ello no sólo para una transformación profunda, sino incluso para reformas moderadas.

La misma ansia de recuperación de la vida democrática, en unos casos, y de profundizarla en otros, contrasta con unas políticas económicas en práctica que son absolutamente incompatibles con la esperanza democrática.

Los ejemplos se dan a diario en nuestro continente. Hubo recientemente el caso de Argentina, cuyo pueblo respalda la reconstrucción democrática del país, quisiera dejar en el pasado lo que fueron largos años de dictadura militar y se moviliza en defensa del gobierno civil cada vez que aparece la amenaza de un cuartelazo; pero al día siguiente la CGT tiene que convocar a la movilización de los trabajadores para resistir una política económica que está vulnerando los intereses de las masas trabajadoras.

Hubo el caso de Carlos Andrés Pérez, uno de los hombres de la socialdemocracia latinoamericana relativamente más avanzados, más experimentados, que a las pocas semanas de iniciado su gobierno tiene que enfrentar, a raíz de sus propuestas de política económica, una de las situaciones más trágicas que ha vivido recientemente Venezuela.

O el de la izquierda peruana, con la perspectiva electoral de un hombre como Barrantes, que representa una gran fuerza social del Perú, pero también con cierta perplejidad acerca de cómo hacer frente a la realidad económica peruana.

Creo pues que este tema de una nueva propuesta social desde la perspectiva de la izquierda latinoamericana, tiene una enorme relevancia, diría incluso urgencia.

Siendo así, ¿cómo comprenderlo después de las experiencias recorridas? Porque ha habido un recorrido rico en enseñanzas. Hubo esa fase, particularmente en la segunda parte de la década de los años sesenta y al inicio de los setenta, en que aparecían tan ostensibles los límites del modo de desarrollo capitalista de nuestros países; y cuando se insinuó una variedad de caminos alternativos: fue el momento en que conocimos de la experiencia peruana, con

Velazco Alvarado; y la de la Unidad Popular en Chile, durante el gobierno de Salvador Allende. Era la búsqueda de alternativas, frente a una realidad que marcaba cada vez más los límites de todo un modo de desarrollo.

Creo que entonces estaban presentes en América Latina muchas de las condiciones que terminaron por precipitar la crisis que venimos viviendo en los últimos años. Una crisis que de alguna manera fue postergada por una situación internacional transitoria, pero relativamente favorable: la reactivación que hubo del comercio internacional en la segunda parte de los años setenta, el enorme flujo de recursos financieros externos que desató la dinámica de endeudamiento, pero que significó años de disponer de recursos financieros para muchas cosas y que disipó entonces la angustia de unos sistemas económicos que se iban ahogando.

En ese momento, las fuerzas progresistas parecieron replegarse ante una realidad concreta que mostró una capacidad de recuperación que se suponía mucho más agotada, y por lo tanto, la izquierda se sintió desplazada en un cuadro de optimismo que invitaba a desatender toda su propuesta transformadora.

Pero esa fase concluye a corto andar, en los inicios de esta década, con el estallido abierto de la crisis, aunque ello no haga ostensible de inmediato la necesidad de una nueva formulación de izquierda. Una crisis que todavía no acabamos de reconocer en su verdadera naturaleza; y frente a la cual se pone entre tanto en práctica un conjunto de políticas que resultan no sólo ineficaces, sino, yo diría, erróneas y equivocadas en su raíz misma, y que lejos de abrir perspectivas de recuperación de la crisis a lo que contribuyen es a agudizar esta misma crisis.

EG: Bueno, pero ¿cómo entender y dar respuesta, desde el punto de vista de la izquierda, a esta situación, que como yo lo ha mencionado es distinta a la que se vivió hace veinte años?

PV: La primera condición necesaria sería avanzar en un entendimiento cabal de la naturaleza de la crisis que vivimos; una crisis que se ha venido extendiendo a lo largo de ya casi ocho años, en los que se han acumulado retrocesos impresionantes. Los niveles de vida de la población han bajado considerablemente con respecto a la década pasada y en el transcurso de esta crisis se han acentuado más las desigualdades; ha aumentado más la concentración del ingreso, y por lo tanto son enormes el empobrecimiento y el deterioro en las condiciones de vida de las grandes masas de la población latinoamericana.

Uno siente que todas las políticas en la práctica están metidas en callejones sin salida, que no ofrecen ninguna perspectiva de resolución de la crisis. Se sustentan esas políticas en una serie de mitos, como el de la privatización, el de la apertura externa a cualquier precio, el de la concentración como requisito para el crecimiento; todo un conjunto de mitos que están detrás de unas políticas absolutamente ineficaces. Y se agrega a ello el mito de que no hay opción. Mucha gente dice: "Mira, es cierto todo lo que se diga como critica a esto, pero no hay otra cosa que hacer, es lo único que esta al alcance de la mano". Pero éstas son políticas que tienen consecuencias desastrosas en los tres planos: en su expresión económica, con todos los retrocesos que vienen imponiendo; en su expresión social, manifiesta en la acentuación de la desigualdad (o en la delincuencia, que asume las dimensiones de una enfermedad social muy profunda); y en su expresión política, por su condición de ser contradictorias con la aspiración democrática.

Creo que éste es el punto de partida para una reflexión desde una perspectiva nacional, popular y de izquierda y todo lo que se diga a partir de este punto está por estudiarse, por reflexionarse, por discutirse; lo más que uno puede hacer es ir siguiendo líneas de reflexión y análisis. Por ejemplo, que convengamos en que mientras más observemos la naturaleza y las manifestaciones de la crisis, mejor podremos apreciar los que creo aparecen como los dos

grandes desafíos actuales: el desafío que emana de lo que viene ocurriendo con el sistema de relaciones económicas externas que ha caracterizado hasta hoy el desarrollo latinoamericano; y el desafío que tiene que ver con los destinatarios del esfuerzo económico.

EG: ¿Se podría detener un poco en estos dos desafíos?

PV: Por cierto. Hablo, primero, de la crisis en que desemboca el sistema de relaciones económicas externas sostenido históricamente por América Latina. Una crisis en la que se reconocen a su vez dos dimensiones. Una es la dimensión financiera, que prácticamente se resume en el problema de la deuda externa acumulada. Actualmente, hay una conciencia bastante generalizada sobre la significación que tiene la deuda, lo absolutamente inmanejable que ha llegado a ser el hecho de que ninguna de las muchas fórmulas que se han venido proponiendo haya abierto siquiera una perspectiva de superación del problema. Y que entre tanto impone enormes sacrificios; que limita severamente las posibilidades de disponer para prioridades nacionales de los reducidos recursos de capacidad para importar, que gravita de una manera increíble sobre los presupuestos públicos. Una situación insostenible, porque no se la puede compatibilizar con las políticas actuales o con cualquier otra política alternativa. Desde mi punto de vista, el problema de la deuda hay que removerlo drásticamente desde su base misma, ya que removerlo así es una condición absolutamente necesaria para cualquier política que se quiera impulsar. Sin perjuicio de que hubiera todavía que agregar que no bastará resolverlo en lo que es hoy, encontrarle un camino de salida: será necesario además evitar su recurrencia en el futuro. Hasta aquí el primer aspecto, sobradamente sabido.

La segunda dimensión del asunto son las relaciones de comercio. Si tuviera que resumir en dos líneas, me aventuraría a decir que el horizonte exportador hacia el capitalismo desarrollado, como factor de impulso dinámico a nuestro desarrollo, es un horizonte agotado, o cuando menos muy estrecho hacia el futuro. No estaría de más recordar que gran parte de nuestra historia económica ha estado basada en una articulación económica preferente con los países capitalistas desarrollados, en la exportación hacia ellos; y creo que es respecto a esa articulación dominante que, si se estudia con más detenimiento, se puede llegar a la conclusión de que hay pocos espacios dinámicos que se pueda esperar hacia adelante.

La afirmación se basa en gran medida en una apreciación sobre el significado de los avances científicos y técnicos en las áreas de la microelectrónica y la biotecnología; más concretamente tales avances tienden a anular las dos fuentes de "ventajas comparativas" que se nos han atribuido en el pasado para nuestra comparencia en los mercados mundiales: la que tiene que ver con la disposición de una dotación relativamente holgada y muy variada de recursos naturales, los cuales tienden a ser sustituidos cada vez más por los productos sintéticos que se van desarrollando en todos los campos; y la ventaja que nos daría la disposición de "mano de obra abundante y barata", cuya significación como base para competir en el mercado internacional tendería a ser cada vez menor en la medida en que avanza la automatización de los procesos productivos.

No puedo extenderme sobre un tema que por si solo daría para mucho. Me limito pues a reiterar la idea de que la perspectiva exportadora es muy estrecha, entendida en sus términos tradicionales. Lo cual, dicho sea de paso, contrasta con el hecho de que si hay un rasgo que está presente hoy en día en todas las políticas económicas de América Latina, es la desesperación exportadora; es como si hubiera la consigna de "exportar o morir" y al objetivo exportador se subordinan todas las demás políticas y propósitos.

El segundo desafío tiene que ver con el problema de la desigualdad. Tal vez recién comenzamos los latinoamericanos a advertir que nuestras sociedades han llegado a puntos de desigualdad que no se habían dado históricamente en ninguna otra circunstancia: el grado de desigualdad relativa en América Latina es sustancialmente mayor que los que se dan en otras

grandes regiones subdesarrolladas, como África o Asia. Pues bien, hasta podríamos compartir la idea de que, si bien repudiable social y políticamente, la concentración del ingreso, la desigualdad, cumplió una función de dinamismo económico, impulsó el crecimiento y determinada conformación del aparato productivo, del sistema económico. Sin embargo, con posterioridad, el mismo grado de inequidad a que se ha llegado se constituye en un freno al crecimiento económico, impide el desarrollo y hay que tener en cuenta además que no se trata sólo de una situación de pobreza heredada, sino de un resultado de la propia dinámica del patrón de desarrollo que nos ha caracterizado.

EG: ¿Y cómo encarar desde la izquierda este par de desafíos?

PV: Del mismo entendimiento de la crisis, en los términos que acabo de sugerir, se identifican dos ejes estratégicos hacia el futuro. El primero es la necesidad de reestructurar el sistema de relaciones económicas externas; lo que a su vez significaría, cuando menos, dos cosas.

Primero, una solución definitiva a la deuda. La frase "la deuda es impagable" no es una consigna: es un hecho respecto del cual no bastaría que nos reduzcan en un 30 o un 40% el monto del endeudamiento, ya que seguirían reproduciéndose los niveles de endeudamiento. El problema tiene que encontrar solución definitiva.

En segundo lugar, se tiene la necesidad de procurar una amplia diversificación geográfica del comercio; no basar, como en el pasado, toda nuestra relación económica externa en una relación privilegiada con el capitalismo desarrollado, sino que debemos abrirnos en otras direcciones: aprovechar potencialidades de vinculación económica con los países socialistas, abrirnos hacia nuevos esquemas de integración económica latinoamericana, tratar de ver cuánto se puede hacer en el marco de la llamada relación Sur-Sur, etcétera.

Creo que es cuando menos un criterio para ir identificando lo que pudiera ser una línea de acción económica alternativa, en los términos de un esfuerzo colectivo para resolver el problema de la deuda. Y para abrirse a otras posibilidades de intercambio potencial.

El segundo eje estratégico tiene que ver con la cuestión de cómo construir o reconstruir una economía para la mayoría, creo que esta expresión —una economía para la mayoría— es la que da la idea de lo que estaría de por medio. Por cierto, lo que ella implica es mucho más que la simple propuesta de "erradicar la extrema pobreza".

EG: ¿Cómo es eso?

PV: Si, porque aun si se tomara en serio una campaña para terminar con la pobreza, haciendo sólo eso, se volverían a reproducir las situaciones de pobreza porque ellas son producto de toda una forma de funcionamiento del mismo sistema. Por lo tanto, de lo que se trata es, no sólo de ver como se aparta un poquito de recursos para paliar la pobreza actual, sino cómo se modifica el funcionamiento de nuestras economías para que no se generen más situaciones de pobreza extrema.

EG: Entonces, ¿cuál sería la propuesta para construir lo que llama "una economía para la mayoría"?

PV: Ante todo, cualquier propuesta en ese sentido tendría que apoyarse en un entendimiento cabal de esa "lógica de desigualdad" que se ha convertido en un rasgo tan característico de América Latina, y atacarla en sus fuentes. Una de esas fuentes principales radica sin duda en la llamada "distribución funcional del ingreso", es decir, el reparto del ingreso entre ganancias de capital y remuneración del trabajo, por cierto actualmente muy adversa para éste último en América Latina, aun en comparación con otras sociedades atrasadas. Ello llevaría por lo tanto

a proponer otros contenidos de políticas de salario, de precios y de ganancias, que permitan una redistribución significativa en esa distribución funcional del ingreso. Creo que a partir de los términos actuales no es nada utópico el plantearnos una revisión considerable de los términos de la distribución funcional del ingreso.

Sin embargo, no toda la desigualdad en América Latina proviene de la forma en la que se reparte el producto entre el capital y el trabajo. Buena parte proviene de ese otro rasgo que se ha conformado en el curso del desarrollo histórico latinoamericano, que se sintetiza en la llamada "heterogeneidad estructural". El problema es que ha habido concentración de progreso tecnológico en determinados estratos productivos, y rezago impresionante de otros. Por ejemplo, como ilustración extrema, un campesino mexicano trabajando su pedazo de tierra genera un producto que es igual a un cuarentavo del que genera un trabajador ocupado en el sector petrolero. Con tales diferencias, la desigualdad aparece como un producto de esa misma heterogeneidad. Si queremos aproximarnos a lo propositivo, diríamos que ello nos llevaría también a definir contenidos de unas políticas que tiendan a actuar frente a esta herencia de heterogeneidad, como podrían ser políticas tecnológicas determinadas. De manera general, plantea la necesidad de políticas diferenciadas en todos los ámbitos, adecuadas específicamente a cada estrato productivo. Por ejemplo, una política agrícola global no tiene sentido cuando se han llegado a diferenciar tan considerablemente dos estratos dentro de la agricultura, habría que definir políticas específicas para cada estrato.

Encarado así el problema en las fuentes de desigualdad, es preciso reconocer que no basta con resolver la desigualdad en la percepción de ingreso: hay que ser capaces de responder desde el punto de vista del flujo, de la disposición de productos y de servicios, a un perfil distinto de distribución del ingreso; es decir, hay que "reconvertir", por así decirlo, el sistema productivo de manera que efectiva-mente pueda responder a otra distribución del ingreso, con los cambios consiguientes en la conformación de los consumos.

EG: ¿Y cómo argumentaría usted la viabilidad de una propuesta con esta orientación?

PV: Podemos hablar de la viabilidad económica. En toda Latinoamérica existen enormes potencialidades productivas, las cuales no se están aprovechando. Este desperdicio va desde recursos naturales hasta recursos humanos; la clase obrera latinoamericana, por ejemplo, es una clase que ha avanzado enormemente en su grado de habilitación y experiencia para el trabajo y, sin embargo, un gran contingente está desempleado. De manera que la viabilidad económica, hoy día, hay que referirla, en primer lugar, a la existencia de esta gran potencialidad productiva que no se está aprovechando.

En segundo lugar, habría que cambiar los ámbitos de atención para restituir prioridad a lo que es la base de producción material y de servicios básicos, frente a la superestructura financiero-especulativa. Nuestras economías se han venido convirtiendo en economías de especulación, en las que sólo importa lo que genera ingresos monetarios y especulativos, es decir, la esfera financiera. Se ha conformado así una sobredilatación de toda la superestructura financiera, al mismo tiempo que se ha ido achicando la base de la producción material. No hay más que recordar cómo nuestras economías se han convertido de exportadoras en importadoras netas de productos agropecuarios; o lo que ha ocurrido con la "desindustrialización" de algunos países (Argentina, Chile). La publicidad transnacional ha llevado a deformar hábitos de consumo. Por ejemplo, es impresionante ver cómo las capas más pobres de la población consumen lo mismo que las capas altas, sólo que en un grado infinitamente menor, entonces nos percatamos de que los hábitos alimenticios se han pervertido, dedicando gran parte del ingreso familiar hacia productos "chatarra".

Claro está, no basta la viabilidad económica de una propuesta alternativa: por otro lado, están los problemas de viabilidad política. Desde ese ángulo, yo diría que una estrategia que

involucre más autonomía nacional y que se oriente hacia el beneficio de las mayorías, es casi por definición, objetivamente, una estrategia que tiene toda la potencialidad del respaldo social y por lo tanto un gran respaldo político por parte del pueblo. Quizá el mayor obstáculo para eso sean, aunque suene un poco paradójico decirlo, las disposiciones *subjetivas*. Porque lo que hoy día pareciera predominar en el ambiente político, es un clima subjetivo propicio a un gran conservadurismo, a la desesperanza, a la apelación constante a un supuesto "realismo" que busca desautorizar por utópico todo lo que involucre cambios significativos (en circunstancias que tal vez no hay nada más utópico que suponer que las cosas pueden seguir como están).

Desde este ángulo, el desafío consiste en formular una nueva convocatoria, capaz de llegar a distintos estratos de la sociedad. Es tal vez aquí donde la izquierda latinoamericana no ha registrado experiencias felices en su historia reciente, pues le ha sido muy difícil apelar a los respaldos de amplios sectores de las capas medias en apoyo a su alternativa política. No se las ganará solo con la promesa, además difícil de cumplir, de ventajas materiales. Hay que reformular el discurso político dirigido a estos grupos sociales; hacerles comprender que su expectativa no puede ser sólo de bienes materiales, sino que tienen que ponderar más otros valores, por ejemplo los problemas de su seguridad en la vida diaria; que comprendan mejor que nuestras sociedades se encuentran al borde de un estallido, expuestas a la violencia cotidiana, a los asaltos y los secuestros, y por lo tanto valorar más la seguridad de la vida cotidiana que el acceso a determinados bienes materiales. Pero esto significa encarar una gran campaña ideológica para esta reponderación de valores.

EG: Pedro, actualmente se dice que está en curso una revolución tecnológica de alcances muy vastos, que existe una tendencia a concentrar las relaciones no sólo tecnológicas sino comerciales y financieras en el norte. Como resultado de esta apreciación se urge a que América Latina se incorpore a esta revolución tecnológica, so pena de pagar las consecuencias de un retraso que nos condenaría al subdesarrollo permanente. En una estrategia como la que usted delinea ¿qué peso le daría a esta aspiración?

PV: Comparto la idea de que hay en marcha una revolución tecnológica de alcances casi incalculables; compartiría también la idea de que esa misma revolución tecnológica hace menos dependiente al mundo desarrollado de abastecimientos que vayan desde el mundo subdesarrollado. Por otra parte, creo que esta evolución nos conduce a una creciente integración en el norte y a una relativa marginación de América Latina, desde el punto de vista de la comunicación estrictamente económica. Estoy de acuerdo con todo esto en cuanto apreciación, pero la conclusión que yo sacaría es completamente distinta. Diría que son precisamente estos hechos nuevos los que nos están dando la oportunidad de definir un camino propio. De otra manera sería mucho más difícil. Desde el punto de vista económico, cuando el capitalismo desarrollado dependía muy directamente de abastecimientos de productos naturales del mundo subdesarrollado, la atadura económica que nos imponían era mucho más fuerte; si ahora nos pueden, relativamente, marginar, yo diría ¡bienvenida sea la marginación!: por primera vez nos están abriendo la oportunidad de redefinir nuestro futuro sin que se sientan tan afectados desde ese ángulo. De hecho, los Estados Unidos están más preocupados por la situación política que por la económica; lo que les preocupa es que no nos salgamos de su carril.

Retomando el tema de qué hacer frente a esta revolución tecnológica, diría que hay que tomar una actitud positiva, hacer un gran esfuerzo de asimilación de este progreso técnico; pero no como la base para seguir compitiendo en un mercado internacional (lo que pudiéramos hacer resultaría siempre insuficiente), sino por las nuevas potencialidades que ofrece para resolver nuestros propios problemas. La significación que debe tener para

nosotros la revolución tecnológica es distinta a la del primer mundo; por ejemplo, todo lo que tenga que ver con la microtecnología, que nos conduciría a extremar la automatización de los procesos productivos, debemos dejarla en una prioridad secundaria, en tanto que la biotecnología debe ocupar el primer lugar, pues ésta sería la base para resolver nuestros problemas de alimentación, de abastecimientos básicos y de salud.

EG: Hay un implícito en su propuesta que nos gustaría nos aclarara. El actual debate latinoamericano aborda entre otros temas la pregunta relativa a si los países de nuestro continente cuentan o no con la suficiente capacidad para generar las divisas que su desarrollo requiere. En su propuesta parecería que la respuesta a esta pregunta es afirmativa, es decir, que no necesitamos una revolución en nuestra capacidad para generar divisas, ¿es esto así?

PV: Pongámoslo de esta manera: una visión de alto grado de autarquía sería muy costosa política, económica y socialmente; por lo tanto el sector externo sigue mereciendo atención. Lo que ocurre es que no puede seguir circunscrito como en el pasado, se requiere una amplia diversificación geográfica de la relación económica y no empeñarnos en concentrar todos nuestros esfuerzos en la exportación tradicional hacia el capitalismo desarrollado.

EG: ¿Esto significaría que no debemos agotarnos en hacer esfuerzos sobrehumanos para tener una penetración cualitativa y cuantitativa en los mercados capitalistas, sino que deberíamos ver hacia los países socialistas y la misma América Latina?

PV: Creo que, sin desaprovechar coyunturas propicias, no debemos repetir la experiencia histórica de intentar construir la economía para exportar, en función de los intereses del capitalismo desarrollado, para después encontrarnos con que cambian su política, sustituyen unos productos y se destruye nuestra economía, para empezar de nuevo con otro ciclo semejante.

Ejemplos de esos procesos sobran en los últimos años de nuestra historia. Empresarios costarricenses "descubren" el mercado de las flores en los Estados Unidos y exportan flores; les va muy bien uno o dos años, pero al tercero ya no les va tan bien, porque otros países también descubrieron ese mercado; y el cuarto año se acabó la expectativa.

La dictadura chilena transfiere recursos de tierra para exportar frutas al mercado norteamericano y exhibe resultados espectaculares, pero basta una inspección sanitaria para que toda aquella cosa se desplome y venga la ruina. Es impresionante el efecto que ha tenido una decisión administrativa del gobierno norteamericano para la economía chilena.

Creo que hay que aprovechar las coyunturas; pero una cosa es la exportación como medio para allegarnos recursos y otra que basemos nuestro futuro en un supuesto dinamismo de las exportaciones. Eso es una consideración. También hay otra y es que una estrategia que reoriente el esfuerzo económico con la perspectiva de servir a las mayorías, supone una demanda relativamente menor de importaciones, de equipamiento y de productos intermedios importados. Una cosa es producir más material de vivienda para mejorar la horrible situación de vivienda de nuestros países y otra cosa es producir automóviles; pues en la producción de automóviles el contenido de importación va a ser siempre más alto que en el caso de la vivienda.

Creo pues que, vistas las cosas así, y para ponerlo en términos casi de consigna, el problema no es cómo exportamos lo máximo posible, independientemente de los efectos sobre los consumos y los salarios internos, sino cuál es el mínimo que necesitamos exportar para que pueda funcionar un esquema económico distinto al actual.

EG: Ahora veamos la otra cara de la moneda, que de alguna manera también está a discusión

en América Latina: es el hecho de que se llevó demasiado lejos una estructura proteccionista que generó ineficacias y abusos de los productos internos sobre los consumidores internos, y que en definitiva dio lugar a una estructura productiva anómala. Esta situación, en el momento de abrir la economía hacia las importaciones, no sólo supone mejores argumentos para que se abran los otros mercados a nuestras exportaciones sino también un instrumento para limpiar y hacer más eficientes las economías nacionales. ¿Cuál sería tu punto de vista respecto a este ingrediente?

PV: Primero, reconocería la necesidad de procurar la mayor eficacia posible en el funcionamiento del sistema productivo. En segundo lugar, creo que el camino para lograr esa eficiencia no debe ser el exponer las fuentes propias de producción al riesgo de su desaparición, que es lo que en los hechos ha venido ocurriendo con la práctica de políticas "neoliberales" llevadas al extremo. En Chile se manejó una consigna que decía: "Que perezcan los ineficientes", y los ineficientes eran los que eran incapaces de competir con las importaciones. La protección arancelaria se generalizó al nivel del 10%, y bueno, pensar que el 10% es suficiente para compensar el abismo de diferencias de productividad, de desarrollo tecnológico, que hoy día nos separa del capitalismo desarrollado, es exponernos a lo que efectivamente ocurrió, aquello fue el desastre con cientos y miles de establecimientos industriales cerrados, porque eran incapaces de enfrentar la competencia con las importaciones con base en ese nivel de protección.

Entonces, yo creo que la intención hay que sostenerla pero que el camino no tiene que ser éste; además, en la medida en que nosotros vamos diversificando los aparatos industriales para que respondan a demandas cada vez más diversificadas de grupos minoritarios de la población que concentran altas cuotas de ingreso, eso es necesariamente un sesgo ineficiente, hasta por las escalas de producción. Otra cosa es que pensemos en desarrollos industriales para los mercados masivos del pueblo: ahí podemos tener niveles razonables de eficiencia, de productividad, en las ramas industriales correspondientes; la ineficiencia está inscrita en una forma de desarrollo que se va diversificando con vistas a demandas de proporciones menores de la población que concentran altísimas cuotas del total del ingreso. Hay que ir más a la raíz del fenómeno que al mecanismo.

EG: Otro tema que ha venido mellando las concepciones de la izquierda es el que concierne a la inversión extranjera; esto es, se ha dicho que en el pasado se exageraron los temores respecto a las consecuencias negativas de la inversión extranjera, y que hoy ésta es una palanca indispensable para la captura del desarrollo tecnológico del que hemos hablado y para estar, de una manera u otra, incorporados a la revolución tecnológica en curso. ¿Usted cree que debemos revisar la postura tradicional de la izquierda sobre inversión extranjera?

PV: Hay que situarnos otra vez en relación con algunos hechos objetivos. Casi todos los pronósticos sobre la evolución de la economía mundial, de las economías de los países capitalistas desarrollados, anticipan una tendencia a reservar para la utilización dentro de esas mismas economías o en su relación con otras economías desarrolladas, la mayor parte de los recursos financieros. Nadie está augurando un gran ímpetu de esas economías por sacar afuera, al mundo subdesarrollado, recursos de inversión directa. Por lo tanto, el problema no es sólo de lo que queremos hacer, sino de lo que otros quieren hacer con nosotros.

Otra vez la experiencia de Chile puede ser bastante aleccionadora. Con todo lo que hizo la dictadura militar en favor del capital extranjero, por ejemplo, con el retiro de Chile del Pacto Andino porque limitaba las remesas de ganancias de la empresa extranjera a un máximo, una tasa máxima sobre el capital invertido; con todo lo que se hizo, no llegó inversión extranjera del exterior. Y cuando comenzó a llegar en los últimos tres años ha sido a un costo

impresionante; tal es el caso de las compras de empresas nacionales mediante certificados de la deuda del país con grandes descuentos, lo cual significa un premio enorme para los inversionistas extranjeros. Hoy día la inversión extranjera esta dispuesta a venir a sectores muy específicos, con intereses muy específicos y que no son necesariamente los nuestros.

De manera que yo no creo que una revisión de políticas respecto a la inversión extranjera pueda abrir la posibilidad de una contribución significativa de inversión extranjera directa al desarrollo futuro; ya ni siquiera es una cuestión, para ponerlo en términos principistas, de si se acepta o no la inversión extranjera directa. El problema, diría yo, es: o no va a venir, o va a venir sólo a lo que le interesa, o va a venir sobre la base de unos premios que en definitiva no nos van a ayudar a resolver nada. Creo que ésa es la realidad.

EG: El programa de la izquierda usualmente ha sido asociado a una propuesta de intensa intervención estatal; sin embargo, hoy en nuestros países al parecer estamos no sólo ante la crisis del paradigma keynesiano, sino ante un fenómeno singular que es el de una excesiva intervención económica del Estado marcada por la corrupción, la ineficacia y los vaivenes políticos. ¿No obligaría tal situación a que la izquierda revise su posición tradicional en esta materia?

PV: Ésta es una de las áreas donde hay bastantes mitos por ahí circulando, que se convierten en ideas-fuerza que penetran en muchísima gente. Si uno hiciera una encuesta sobre el asunto se encontraría con que hay una disposición antiestatista sorprendentemente generalizada, lo que sugiere que ha tenido éxito la campaña que se ha emprendido en esa dirección. Habrá que empezar por reconocer objetiva-mente los hechos frente a los argumentos. Primero, sobredilatación o exceso de los aparatos estatales: yo no estoy muy seguro de los resultados que daría un cotejo de la proporción del gasto total que representa el gasto público en países latinoamericanos y en algunas sociedades capitalistas desarrolladas. Yo no sé, por ejemplo, qué proporción del gasto total es gasto público en Alemania Federal, típicamente un país de capitalismo desarrollado, y me atrevería a anticipar que allí es mayor que los promedios latinoamericanos. De manera que aun si sólo fuera problema de dimensión, aun respecto de ella creo que ni siquiera es correcta la afirmación de que ha habido tal sobredimensionamiento.

En segundo lugar, a diferencia de otras sociedades desarrolladas, es preciso tener en cuenta que los problemas para nosotros no son sólo nuestros problemas de desarrollo, de que se expanda lo que existe, sino que hay que agregar cosas y hay que transformar parte de lo que existe. Uno puede discutir que el mercado garantice un mejor funcionamiento del sistema, ya que uno podría tener bastantes elementos para cuestionar tal idea, pero más allá de este debate, nadie se atrevería a decir que además el mercado es capaz de reorientar en el sentido de la transformación; éste no puede ser fuente de decisiones.

Creo que toda la experiencia "neoliberal", particularmente en los países del Cono Sur, acaba realmente con el mito del mercado como el gran asignador de recursos. Por lo tanto una función de dirección pública, de responsabilidad pública, en la conducción de la economía del país es absolutamente esencial y esto significa que los aparatos administrativos se preocupen por la incorporación de prácticas adecuadas de planificación del desarrollo económico. Yo diría que éste es uno de los requisitos indispensables para el desarrollo económico futuro de nuestros países.

EG: ¿Esto tiene algo que ver con autoritarismo y/o corrupción?

PV: No necesariamente. Yo creo que no tenemos que confundir el ejercicio, la atribución y el uso de los aparatos estatales para cuestiones tan importantes, con autoritarismo o corrupción.

También hay autoritarismo y corrupción en los aparatos estatales de las sociedades capitalistas desarrolladas; el "Irangate" y todas estas cosas son pruebas más que suficientes.

Lo que necesitaríamos los países latinoamericanos es, por cierto, luchar contra la burocratización y la corrupción, pero también recuperar la capacidad de conducción pública de la economía, del desarrollo económico; y eso significa reconstruir instrumentos de gestión estatal. En Chile han sido desmontados por la dictadura y transferidos en definitiva a grupos de grandes intereses privados; habrá que devolverlos al control de la sociedad.

Hay a veces una suerte de disociación que aparece un poco paradójica, porque hay un discurso que reclama la creciente fuerza de la sociedad civil frente al Estado, y yo creo que es muy razonable en el plano político, particularmente en sociedades que han vivido regímenes de dictadura militar, hay que reclamar contra ese autoritarismo del Estado. Pero esa misma gente en el plano económico hizo lo contrario, ahí desmontó aparatos estatales que son, sin embargo, necesarios para ese otro aspecto. Parecerá paradójico, pero tal vez haya que decir: ¡viva la sociedad civil frente al Estado en nuestra vida política y vivan los aparatos estatales frente al supuesto imperio del mercado para conducir otra estrategia de desarrollo!

EG: Ahondando en este tema, nos gustaría que nos comentara algo sobre las experiencias como la del gobierno de Alfonsín en Argentina o la de Alan García en el Perú. Se dice que el proceso de democratización de América Latina en el Cono Sur se ha asociado a experiencias de gestión económica fallidas porque se propende a democratizar el sistema político, pero la política económica sigue siendo antidemocrática; entonces los gobiernos se aíslan y se hacen más vulnerables a los grupos de poder económico de fuera y de dentro, y empiezan a ceder a un entorno económico presionante, como el que representan los núcleos empresariales, las agencias internacionales y los acreedores. De esta manera la gestión económica empieza a distanciarse de las intenciones originales y acaba por fracturarse la relación con los sectores que originalmente apoyaron los gobiernos democráticos.

PV: Tal vez resulta un poco abstracto decir que hay que democratizar la política económica; pero lo que sí me parece que tiene un significado muy claro es la necesidad de definir una política económica que sea coherente con la aspiración democrática; es decir, que la reafirmación democrática se acompañe con políticas económicas de consecuencias también democráticas y no las contrarias, como viene ocurriendo en tantas partes de América Latina.

En el caso de Alan García, pienso que hubo una intuición con la que no se fue consecuente. Se definieron unos criterios básicos que me parecen positivos, pero su aplicación fue ineficiente y se paralizó ante los nuevos requerimientos que se le iban planteando. Repito, creo que los enunciados iniciales de Alan García apuntaban en una buena dirección; me refiero a los contenidos de su discurso inicial en el sentido de que hay que encarar los problemas del país, la producción básica, el nivel de vida de la gente, los problemas de ingreso de los trabajadores, los problemas regionales e incluso la reivindicación de zonas reprimidas del país, todo ello lo siento encaminado en una dirección correcta; pero va planteando exigencias, de pronto hay que estatizar el sistema bancario, y si no se está dispuesto a cumplirlas no es de sorprender que se desmorone todo lo que se venía logrando. Esa experiencia, en mi opinión, reafirma la necesidad de concebir un proyecto económico que sea compatible en su intención y que a la vez sea coherente con la aspiración democratizadora en su sentido más general.

EG: En el ámbito del tema anterior del estatismo, ¿qué lecciones habría que extraer de la experiencia de la Unidad Popular en Chile?

PV: Tal vez no se ha destacado suficientemente, en la reconstrucción de la historia, el hecho

de que los años del gobierno de Allende marcaron un proceso social que se caracterizó por haber sido extraordinariamente participativo. La riqueza de experiencias en ese ámbito es enorme. La representación de los trabajadores en el Consejo Nacional de Desarrollo y otras instancias administrativas, las juntas populares de abastecimientos y precios, la participación en la conducción de las empresas, los Consejos Campesinos, los Cordones Industriales, y una variedad de otras experiencias dan cuenta de esa riqueza. A la vez que se fortalecía la conducción estatal de la economía, se democratizaba en su sentido más amplio y real la conducción de la política económica.

Con sentido crítico —quizá mejor, autocrítico— identificarla entre otros un aspecto que en la perspectiva posterior me parece que fue erróneo. Se trata de la rigidez con que concebimos lo que se llamó "las áreas de propiedad". Se definió un área de propiedad social, como propiedad del conjunto de los trabajadores chilenos y administrada por el colectivo particular de trabajadores de la empresa correspondiente; y se reconoció un amplio espacio al mantenimiento de un área privada. Pero resistimos la idea, como complemento del área social, de alguna suerte de "empresas de trabajadores", o de "autogestión", que hoy en día en cambio la favorecería con mayor amplitud. Pero como quiera que sea, fue una experiencia que mostró muy elocuentemente la posibilidad de combinar una conducción estatal, necesariamente fuerte en cuanto a lo que sean orientaciones tempranas del desarrollo, con una gran transferencia de realización de las cosas a colectivos de trabajadores, sin pasar por aparatos burocráticos demasiado pesados. Creo que es un tema a estudiar para la izquierda chilena, y te repito, nosotros, los que vivimos la experiencia, la podemos ver además con un sentido autocrítico con respecto a la rigidez que tuvimos en su momento frente a ese asunto.

EG: Uno de los ejes de la propuesta que usted nos ha explicado concierne al redimensionamiento de las relaciones económicas internacionales de nuestros países. En este sentido el tema de la solidaridad, de la coordinación e incluso de la integración latinoamericanas aparecería como central; sin embargo, en la realidad de hoy uno podría observar que existen no sólo desigualdades y heterogeneidades, sino una especie de dinámica centrifuga que haría tremendamente difícil el cumplimiento de ése que es uno de los requisitos básicos para viabilizar la propuesta de la izquierda. ¿Cómo reaccionaría usted frente a esta inquietud?

PV: La primera reflexión que haría es de orden muy general. Yo creo que estamos sumidos en medio de una crisis de una extraordinaria profundidad y, si eso es así, quiere decir que no hay salidas fáciles; si todas las salidas, para que realmente abran la perspectiva de la superación de la crisis, son cuestiones difíciles y si por lo tanto comenzáramos a cuestionar cada propuesta por su dificultad para realizarla, pues no habría más que seguir en la crisis. Admito pues dificultades grandes casi para cualquier componente de las propuestas, pero defendiendo la idea de que a pesar de las dificultades inescapables, vamos a acabar necesariamente haciéndolo, porque de otro modo no hay salida. Tal vez van a pasar otros ocho años revirtiendo positivamente las consecuencias negativas de los ocho años anteriores, pero hay que hacerlo y hay que empezar ya.

Dicho esto, tal vez aun así las cosas no sean tan excesivamente complicadas. En relación con los principales problemas, no veo en América Latina graves oposiciones de intereses nacionales; puede haberlos, sí, con grupos de intereses dominantes, lo cual lleva el asunto a las condiciones de viabilidad política; en cambio, hay coincidencia de intereses nacionales que deberían motivar acciones conjuntas más eficaces. Permíteme ilustrarlo en relación a dos temas concretos: la deuda y la integración económica. Es sorprendente que el tema de la deuda se arrastre por tanto tiempo sin encontrar resolución. No se lo puede comprender sino aceptando el hecho de que la deuda dejó de ser, desde el punto de vista de las naciones

acreedoras, un problema económico financiero y se ha transformado en una cuestión esencialmente política, en un instrumento de presión política enorme, y hay quienes no han querido renunciar a ese instrumento de presión política.

Si uno prescinde de esta significación de la deuda, como instrumento de presión política, y se atiende estrictamente a sus consecuencias económicas, parecería obvio que la institucionalidad internacional debió haber tomado esto a su cargo y haberlo resuelto, aprovechando además la circunstancia de que hay gran asimetría entre la significación de la deuda para los deudores y para los acreedores: para los deudores, tremenda, cinco años de exportaciones, medio producto anual; para los acreedores, muy poco, de manera que uno podría concebir que se constituyera en el seno de las Naciones Unidas un fondo que se alimentara nada más con el 1% del producto anual del mundo desarrollado, para que cancelara la deuda latinoamericana en siete años o la de todo el Tercer Mundo en 15 años; no necesitaría más tiempo que eso, creo todavía que a una solución de este tipo va a terminar por llegarse, y que en cierto modo va a beneficiar, paradójicamente, hasta a los propios países desarrollados. Lo lamentable es que se va llegar después de tanto tiempo de sacrificio, cuando ya hayamos pagado la deuda como dos veces. Esa va a ser la realidad, vamos a llegar extenuados a una solución que deberíamos exigir perentoriamente.

Como quiera que sea, en este asunto no veo ninguna contradicción muy grande de intereses entre las naciones latinoamericanas como para que no se pudiera enfrentar el problema en común, incluso con los mismos gobiernos actuales de América Latina.

En el plano de la integración económica latinoamericana, pienso en el convenio Argentina-Brasil, al que se adhirió Uruguay, que parece ser relativamente trascendente, llevado a cabo además por gobiernos que no estaban en una postura de grandes cambios revolucionarios; por el contrario, bastante conservadores en su conjunto, y sin embargo tuvieron que llegar acuerdos de esa naturaleza.

Este es un problema no tanto de diferencias entre las naciones latinoamericanas, sino por la presión del chantaje que nos ejercen desde fuera: no se quiere que avancemos en ese campo y hasta ahora estamos cediendo al canto de sirena de "miren, no se metan con los demás porque si están solos van a tener un tratamiento preferente", y eso se lo han dicho a cada uno de los países por separado.

No quiero decir con todo esto que crea que la viabilidad política para nuevas propuestas esté dada. En sus componentes "externos" no pareciera ser muy difícil, pero su verdadera prueba queda dada por las transformaciones internas que siguen siendo imprescindibles.

EG: Para terminar, un asunto que tiene que ver con la teoría en América Latina. Nosotros presenciamos en los años sesenta y una parte de los setenta un vigoroso pensamiento económico que tenía pretensiones de originalidad y aspiraba a la creación de una interpretación propia de nuestra realidad, con una incuestionable densidad teórica. Esto parece haber sido barrido no sólo por la realidad política y económica, sino también por el despliegue de una visión del sistema económico asociada al liberalismo; entonces parecería que el pensamiento económico latinoamericano se replegó, exhibiendo una cierta debilidad.

Frente a tal panorama sería de interés preguntarse, ¿dónde está el pensamiento económico latinoamericano, adónde fue a dar?, ¿es posible su renacimiento?

PV: Te diría al respecto dos o tres cosas. Primero, que creo que hay efectivamente un gran retroceso en el pensamiento social latinoamericano, atribuible a diversos factores. Desde luego, algunos países, donde surgían aportaciones significativas al pensamiento económico, pasaron una larga noche debido a las dictaduras militares, las cuales barrieron con instituciones, persiguieron gente, la echaron al exilio, en fin, todo lo que ya sabemos.

Habría que recordar, por ejemplo, lo que, en el plano editorial fue en su tiempo Eudeba, la Editorial Universitaria de Buenos Aires, contribuyendo a extender una producción masiva de libros al alcance de la gente, y clausurada después; centros que se caracterizaron por irradiar pensamiento con colectivos de trabajo intelectual en Brasil, Argentina, Chile, fueron eliminados también por las dictaduras militares. El retroceso que ha habido en las universidades es impresionante, cómo se expulsó a estudiantes y maestros y se privatizó buena parte del sistema de educación superior, con todo lo que ello significa, quedando bajo el control de los elementos al servicio de la dictadura militar.

Frente a tales retrocesos y para recuperar incluso el elemental derecho a pensar, tenemos que hacer un gran esfuerzo colectivo. Y un esfuerzo que además hay que hacerlo también en el seno de las organizaciones políticas de la izquierda latinoamericana. Que se preste a estos ámbitos de cuestiones una gran atención, que estén en disposición de asignar recursos humanos, cuadros político-técnicos y materiales en la medida en que se los tenga.

Para muchos intelectuales latinoamericanos hay que encarar estos empeños después de las horas dedicadas a ganarse la vida en cualquier otra cosa, porque no siempre hay la posibilidad de trabajo académico con la libertad intelectual necesaria para explorar en este tipo de cosas. Creo que es muy importante, porque ha habido una gran ofensiva ideológica que ha terminado por imponerse: todo el clima subjetivo de conservadurismo, de sujeción al supuesto "realismo" tiene mucho que ver con los resultados de esa campaña ideológica que en su propósito ha sido sin ninguna duda exitosa. Hay pues que recoger el desafío desde las responsabilidades individuales, desde las organizaciones políticas, y desde la base misma de nuestras sociedades.

México, junio de 1989